

# 22 - La Batalla de una Joven Entre las Estrellas [Youjo Senki / Star Wars]

- [22 - La Batalla de una Joven Entre las Estrellas \[Youjo Senki / Star Wars\]](#)

# 22 - La Batalla de una Joven Entre las Estrellas [Youjo Senki / Star Wars]

La Batalla de una Joven Entre las Estrellas

22

Mandalore, Sundari, 41 BBY / 959 GSC.

Esperaba que estuviera molesta,

sintiendo claramente su enfado,

más,

Tomando una respiración, reuní mis sentimientos de disculpa y los empujé hacia ella. “Lo siento.”

Obi dejó de intentar alejarme y de desenredarse para poder girar y alejarse. Me observó cuidadosamente durante varios momentos antes de que su enfado y su gesto de puchero se detuvieran y se alegrara. Tirándome de nuevo en un abrazo, se envolvió a mí y se acomodó sin decir una palabra. En pocos minutos, se quedó dormida—esta vez, soñando sueños felices, al parecer.

Suspiro en silencio, cerré los ojos y me permití dejarme llevar, sintiendo que sería la primera buena noche de sueño desde que desperté después del ataque.

“

“Nuestra partida, por supuesto,” respondió ella como si la respuesta fuera obvia. “Voy contigo. Mi gente va. Si logramos encontrar una forma de negociar en paz, entonces no tendré que ponerlos en peligro. Y en caso de que no, si las negociaciones fracasan... me gustaría aprovechar esta oportunidad para adquirir experiencia en el mundo real que tanto necesito. No es frecuente que Mandalorianos y Jedi trabajen juntos. Entre nuestros dos grupos, esta es quizás la oportunidad más segura en la que estaré, y no quisiera perder la posibilidad de vivir un momento único en la vida.”

Los Maestros intercambiaron miradas, hasta que finalmente, el Maestro Dooku asintió. El Maestro Dooku dirigió una mirada a Jaster, “Si Mandalore Mereel acepta proveer un equipo de seguridad

adicional.”

Jaster asintió en acuerdo. “Lo haremos. Cuando lleguemos, me uniré a ellos y te acompañaremos mientras mi gente se posiciona. Me gustaría mantener nuestra presencia oculta hasta que sea momento de atacar. Establecer contacto, intentar negociar primero, y cuando esas negociaciones fracasen, empezar a golpearlos donde más duele.”

El Maestro Dyas asintió. “En poco más de un día y medio, llegaremos a Serenno. Por si acaso el planeta ha sido bloqueado, debemos salir del hiperespacio temprano, en el borde externo del sistema. ¿Tenemos un mapa?”

Extendí una mano y activé una fórmula de ilusión, proyectando el mapa del sistema que había memorizado. El sistema de Serenno contenía solo cinco planetas. Desde el más cercano a su estrella hacia afuera, había un planeta casi a la misma distancia que Venus respecto a Sol, si recuerdo bien. En la segunda órbita estaba Serenno en sí, situado justo en la zona de vida. Técnicamente, en la tercera órbita estaba un cinturón de asteroides, entre Serenno y el tercer planeta. Este tercer planeta era rocoso y ligeramente más grande que Serenno, en la frontera exterior de la zona habitable. Sus cuarto y quinto planetas eran ambos grandes gigantes gaseosos comparables a Júpiter, con la función principal de mantener fuera asteroides errantes.

El Maestro Dyas asintió y señaló la agrupación de planetas girando alrededor de la estrella del sistema de Serenno. “Nosotros saldremos aquí, en la sombra del tercer planeta. Con el cinturón de asteroides entre nosotros y el sistema interior, es improbable que nos detecten. Sugiero que nuestros amigos Mandalorianos salgan del sistema por el lado opuesto, aquí,” tocó el mapa y ayudé a señalar con un punto rojo. “Desde allí, podremos evaluar la situación y decidir, pero deberíamos preparar nuestros planes para manejar cualquier posible bloqueo ahora. Recuerden, tratamos con mercenarios Abyssin, pero creemos que alguien en el planeta les está dando órdenes.”

El Maestro Qui-Gon asintió. “Si no hay ningún bloqueo y han pasado por completo a la guerra terrestre, entonces podemos acercarnos más y enviar a nuestro equipo diplomático a situarse fuera de la capital, mientras nuestras fuerzas principales se preparan en las cercanías, a cubierto. Realizaremos reconocimiento de la ciudad, luego nos reagrupamos y planificamos nuestro siguiente movimiento.”

“Si son al menos un poco competentes, tendrán una pequeña fuerza bloqueando el planeta en la salida estándar del hiperespacio y patrullas en el sistema en busca de problemas,” señaló Jaster.

“Entonces, si el bloqueo es ligero, podremos hacer pasar a nuestras tropas por el lado opuesto del planeta, dependiendo de su formación,” continuó el Maestro Qui-Gon. “La cuestión es, ¿debemos intentar negociar con la fuerza bloqueadora y pedirles que se retiren de la zona?”

Jaster negó con la cabeza. “Los mercenarios abyssin no tienen honor. Probablemente puedas sobornarlos. Por otro lado, cualquiera que los utilice sabe eso, así que ya les habrán pagado con anticipación para que no se larguen con más dinero y se larguen. Lo mejor sería asumir que son hostiles y que nos atacarán si nos acercamos. Si son pocos, podemos destruir su bloqueo y descender al planeta. De lo contrario, lo mejor sería maniobrar y pasar de largo.”

Dooku susurró. “No me gusta la idea de dejar a un enemigo en la altura. Una pequeña fuerza de ataque para eliminarlos sería ideal, si no son muchos. Sin embargo, en cuanto sean detectados, o si el bloqueo no se reporta, los enemigos en tierra se alertarán de nuestra presencia. Debemos prepararnos en consecuencia.”

“¿Y si el bloqueo es demasiado grande para manejarlo?” preguntó Satine, llamando su atención. “Supongo que no tendremos la capacidad de desplegar una flota de cazas estelares para afrontar un gran bloqueo. Nuestra gente simplemente no los tiene y dudo que los Jedi hayan escondido una flota de cazas en las mangas de sus túnicas. Entonces, ¿qué hacemos?”

“Una serie de inserciones menores, una o dos naves a la vez, entre patrullas y ventanas de visibilidad,” respondió Jaster de inmediato. “Una vez en la atmósfera, descenderemos lo más bajo posible. Manténganse en bajo perfil y encuentren un lugar para aterrizar. Desde allí, avanzaremos en pequeñas naves, jetpacks, speeder o a pie. Infiltrarse, asegurar las defensas terrestres y luego derribar el bloqueo desde el cielo.”

Al observar al grupo y notar que todos parecíamos seguir el orden y nadie se opuso, el Maestro Dooku se adelantó. “El Maestro Sifo-Dyas acompañará a la mayor parte de las fuerzas Mandalorianas, junto con Tanya.” Dirigiendo su mirada hacia mí, el anciano sonrió. “Sigue las instrucciones del Maestro Dyas, pero usa tu mejor juicio cuando la situación lo requiera.”

En otras palabras, sigue las órdenes, pero tengo libertad para improvisar,

“

“¿Ah?” Dooku levantó una ceja. “Ha pasado un tiempo desde la última vez que la vi. ¿Qué la convenció de acudir a Serenno?”

—

Mientras ellos dialogaban y yo prestaba atención de manera distraída, Jaster se volvió hacia Jango y le entregó sus instrucciones particulares. “Tú estás a cargo de la escuadra. Yo daré órdenes específicas si necesito algo en particular, pero una vez que la situación se intensifique, tienes libertad para asignar las misiones que consideres necesarias. Destruyanse todo lo que puedan.” Asintiendo hacia mí, esbozó una sonrisa y añadió: “No dudes en ponerla a trabajar.”

— Tarea de letrina, sí señor — se rió Jango.

Le dirigí mi sonrisa más encantadora al hombre, recordando la última vez que tuve la oportunidad de usar una pala de mango corto... — Supongo que me entregarán una pala de trincheras, ¿verdad?

Algo en mi manera de hablar o en mi tono le hizo estremecerse por alguna razón. Tomé eso como una victoria.

Luego de algunas revisiones finales, pronto estábamos en camino hacia nuestras naves. Me encontré apartada y en un abrazo por Obi. La chica más alta presionó su rostro contra mi cabello e

inhaló profundamente, para luego soltarlo en un suspiro. “Que salgas por tu cuenta me pone nerviosa. Siempre pasa algo cuando lo haces.”

“No es que vaya buscando...”

“...”

“...”

Obi soltó un suspiro. “Odio cuando dices cosas así.”

A un lado, vi al Maestro Qui-Gon hacer una señal para llamar mi atención, luego asentir con la cabeza hacia la nave del Maestro Dooku, antes de girarse y alejarse. Suspiré y cuidadosamente me separé del abrazo de Obi. “Es hora de partir.”

Plata Rostrada

En mi computador de navegación comenzó una cuenta regresiva—un temporizador para cuando mi nave se separara del grupo manteniendo la formación. Rápidamente, programé un segundo temporizador que sonaría cinco minutos antes, y, tras cerciorarme de que todos mis sensores y sistemas estaban en verde, empujé el asiento a lo largo de la pista en el suelo y lo giré para poder salir de la cabina.

Mi atención estuvo principalmente puesta en mi pistola y rifle bláster. Algunos experimentos y pequeñas modificaciones en el hardware existente lograron aumentar su alcance, potencia y penetración en porcentajes considerables. Reemplazar los cristales de enfoque por cristales de kriptonita—extraídos de mi trozo de cristal—lo llevaron aún más lejos, pero los disparos ahora salían con el característico colorplateado de mi sable láser—por lo que, cuando, no si, tuviera que disparar alguno, los rayos destacarían en medio de la multitud de manera poco conveniente. Sin embargo, las mejoras valían la pena, así que dejé los nuevos cristales en su lugar.

Lo otro en lo que invertí bastante tiempo fue en mi nave. No había llegado a experimentar mucho con los sistemas de armas más allá de probar los blásters y la torreta, y de modificar algo en su control de fuego, pero una nave con cañón láser de grado es algo que no se debe subestimar para las tropas en tierra, incluso si solo era...

Realmente, todo se reducía a decidir entre trabajar con mi holocrón o en mi orbe de cálculo. Y dado que recientemente había hablado con el holocrón y este me había dejado algunas cosas en qué pensar respecto a los Jedi y Sith, decidí optar por el orbe en su lugar.

click, tic, tic, tic, tic

tic

Sistema Serenno, fuera del cinturón de asteroides.

Fruncí el ceño ante la lectura pasiva de sensores. Mirando a través del “parabrisas” hacia el espacio que se extendía adelante y un poco por encima, mientras inclinaba mi nave unos grados hacia abajo para tener una mejor vista del planeta a través del campo de asteroides entre ambos, activé y volví a ejecutar otra fórmula pasiva de detección—usando solo infrarrojo, ultravioleta, luz visible y otras fuentes electromagnéticas para detectar movimiento y posibles enemigos.

Había muchas cosas allá afuera con albedo alto capaces de confundir la fórmula. Sin embargo, tras dedicar tiempo a filtrar los resultados, excluyendo reflejos de hielo o roca, y codificando por colores cada posible contacto enemigo según la cantidad de factores en común—naranja, amarillo, rojo—y añadiendo dimensiones básicas y masa estimada, logré obtener una cuenta que consideré precisa de las naves enemigas orbitando el planeta, aunque estuvieran demasiado lejos para que mis ojos de nivel uno las pudieran ver sin ayuda de una fórmula de francotirador.

Los sensores confirmaban en su mayoría lo que mi fórmula de detección indicaba. Había algunas fuentes dentro del campo de asteroides que mi fórmula detectaba, pero que los sensores pasivos de la nave, casi saturados por el desorden, no lograban identificar—probablemente satélites de observación o drones automáticos. Según mis cálculos, había muchas

muchas—

Finalmente, la holocomunicador se activó y la figura de Jango, desde la cintura hacia arriba, apareció, mostrándolo de pie frente a su propio terminal holográfico. “Bueno, gente. Iré directo al grano. La situación es peor de lo que pensábamos. La buena noticia es que, gracias a Tanya, contamos con escaneos detallados de sus patrullas. Son semi-aleatorias, pero no más de dos veces por hora. Así que, si dejamos a alguien aquí para transmitir en enlace estrecho, podemos desplazarnos por la parte trasera del planeta y esperar a que pase su patrulla, y en cuanto crucen el horizonte, dispersarnos y atacar todos juntos. Si esperamos a que oscurezca en ese lado del planeta y entramos durante la noche, las probabilidades de que nos detecten en sus escáneres serán bajas, ya que ya habremos desaparecido. Intentar ingresar uno por uno solo les dará más oportunidades para detectarnos en este momento.”

La imagen de Jango fue reemplazada por la del Maestro Dyas, sentado en su asiento de pilotaje, con una expresión pensativa. “Conuerdo. Esto presenta el menor riesgo. Sin embargo... con tantas naves, no creo que las defensas terrestres puedan bloquear y dispararles antes de que las naves puedan destruirlas desde órbita.”

“...Ninguna de las alas de patrulla proviene de otros barcos en la flota.”

“Inmediatamente, pregunté: “¿Ninguno de ellos?” y asentí en silencio.

“Todos provienen del portaaviones convertido. Los otros barcos podrían tener sus propios cazas, pero probablemente en menor cantidad que el portaaviones.”

El Maestro Dyas volvió, frunciendo el ceño. “¿Qué estás pensando?”

Terminé de meditar la idea en mi mente y me encogí de hombros. “Inserción de un solo hombre. Misión de sabotaje. Plantar explosivos en el reactor. Sincronizarlos con un temporizador. Robar un

caza y escapar antes de que explote.”

Hubo un momento de silencio entre los dos, antes de que el Maestro Dyas preguntara: “Jango, ¿puedes manejarlo?”

El mercenario pensó por unos segundos y asintió. “Riesgo bajo de éxito. Peligro alto. Seguramente conseguiré al menos tres voluntarios.”

“Demasiado grande,” moví la cabeza mientras me alejaba de la pantalla, abriendo el armario justo detrás del asiento del piloto y sacando uno de los dos trajes espaciales almacenados en su interior. Uno era blanco, con material reflectante de alta visibilidad integrado en el exterior—destinado a ser muy visible contra el fondo del espacio. El otro era negro mate, sin reflejos. Ambos estaban hechos a mi medida—los compré en Sundari antes de partir, como parte de mis preparativos para la misión. Fuera del alcance visual del receptor del comunicador, comencé a desvestirme. Dejé puesto el traje corporal y la armadura del pecho, junto con mi orbe de cómputo; lo demás lo quité.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Jango.

Rápidamente me metí en el traje espacial, disfrutando de la sensación suave y confortable del revestimiento interior contra mis manos, pies y cuello—casi como seda por dentro, aunque por fuera parecía de goma o plástico. Si aún no llevaba puesto mi traje corporal, seguramente se sentiría igual de bien. La idea de usarlo permanentemente empezaba a parecer más tentadora, dada su utilidad. Primero tendría que comprobar qué tan viable sería esa opción. Cuando estuviera sellado, parecería un traje de piloto estándar o uno de plugs. Cualquier persona de mi mundo que hubiera visto algo de la franquicia Gundam reconocería uno sin dudas.

Eres demasiado grande. Tendrás una mayor sección transversal para detectar. Además, todos ustedes llevan una gran cantidad de armadura de beskar. Tiene un alto albedo y aparecerás en cualquier cosa que pueda detectar concentraciones de metal del tamaño de un torpedo o misil disparado desde una nave estelar, o minas.” Mientras agarraba el cinturón para mi blaster de mi pila de ropa, lo ajusté alrededor de mi cintura y moví mis sables de luz y mi bastón hacia él. Luego, arrojé la ropa y las botas al armario. Tomando el casco plegable, lo enganché a un lado de mi cinturón y me dirigí rápidamente hacia la parte de atrás de la nave, donde guardaba mi armamento y parte de mi equipo — y todas mis explosivos.

“Tanya, hay otras maneras. No tienes que—” comenzó el Maestro Dyas, solo para que Jango lo interrumpiera.

“No te molestes,” se rió el mercenario. “Ella ya tomó su decisión. Así que, niña,” llamó, y supuse que eso iba dirigido a mí, “¿cómo piensas salir? ¿No te detectarían con una mochila de EVA?”

“No llevaré mochila de EVA,” respondí, sacudiendo la cabeza y luego recordando que no podían verme, ya que estaba fuera de cuadro. No la necesitaría. Había crecido en la Fuerza lo suficiente como para emplear una fórmula de vuelo y deslizarme durante períodos decentes. El vuelo asistido por energía era más costoso, pero podía hacerlo en ráfagas cortas. En el espacio, solo necesitaba ráfagas cortas.

Tomando una mochila, empecé a rellenarla con explosivos—tanto cargas de demolición como granadas. Las cargas podían conectarse a un temporizador o a un receptor de detonador remoto—ambos, de los cuales, tenía varios. Creía en la redundancia, así que me aseguré de tener repuestos para ambos, por si acaso.

Necesito que alguien del otro lado la atrape y recoja mi nave.

“Nosotros nos encargaremos de eso,” confirmó Jango. “La tendremos a la espera en tierra.”

“Buena suerte en la caza,” asintió Jango.

El Maestro Dyas parecía mucho menos seguro, pero también asintió. “Cuídate.”

Corté las comunicaciones y volví al cockpit. Trazando un recorrido en mi mente para un paso cercano y curvado, extrapolé un punto de inicio y abandoné el campo de asteroides, luego busqué un buen asteroide dentro del punto lunar L4, que aparentemente usaban como reserva para minería de asteroides. Por suerte, no me llevó mucho encontrar uno. Alineándome para otra transmisión de haz estrecho, tracé la ruta en la computadora de la nave y envié los datos para que los reenviasen a Jango, informándoles dónde recogerían mi nave. Luego, la descendí cuidadosamente sobre la superficie del asteroide.

Cables de anclaje se dispararon contra la superficie y mantuvieron el Oxidado Plateado.

La advertencia de diez minutos sonó, y me dirigí hacia la escotilla. Apreté el casco que tenía en el cinturón y lo abrí, asegurándolo sobre mi cabeza. Los controles en la parte interior de mi muñeca presurizaron el traje y verificaron su integridad, y solo después de confirmar que todo estaba en verde, presioné los botones junto a la escotilla para despresurizar la nave. Sin un aire acondicionado, toda la nave debía despresurizarse, devolviendo su atmósfera al sistema ambiental. Solo tomó un minuto, y entonces estuve lista para abrir la escotilla. Otro botón apagó la gravedad artificial interna, para no pasar de un área con gravedad artificial a gravedad cero.

Mis botas magnéticas se activaron automáticamente, pero igual tuve que apagarlas, así que lo hice. Quedé suspendida allí, quizás a medio pulgada del suelo, mientras desactivaba la apertura de la escotilla. La escotilla se abrió y salí lentamente, guiada por la muy mínima influencia de una fórmula de vuelo, y sellé nuevamente la escotilla antes de cambiar de opinión.

Corrí apresuradamente por el paisaje áspero y estéril de mi pequeño pedazo de terreno firme y me detuve en el lugar que había calculado para lanzarme cuando el desafortunado impacto del asteroide lo alineara con la nave de transporte. Me detuve, observando hacia arriba, mientras la computadora a bordo del traje resaltaba la trayectoria ya programada y ofrecía una cuenta regresiva para el momento en que debía saltar.

Contemplando la vasta y estrellada oscuridad del espacio, con un planeta asomándose en primer plano y mi objetivo reducido a un pequeño punto en la distancia, quedé paralizado. De repente, se secó mi boca. Mi corazón latía con fuerza en el pecho. Mi estómago se agitaba, percibía un ácido en la garganta y casi me arrepentí de haber comido. Mi cuerpo sudó fría y mis músculos temblaron.

—¿En qué estaba pensando?! ¡Maldito sea...—.

La alarma de mi traje sonó y la pantalla del casco parpadeó, señalando que estaba dentro de la ventana para saltar.

Respiré hondo y, en ese instante, juré reconocer el aroma a pino, nieve y frío intenso. Estaba de nuevo en los cielos sobre Norden, observando a un grupo de magos enemigos que buscaban eliminar al explorador avanzado de la artillería.

Solté todo en un lento suspiro. Mi corazón se estabilizó en un ritmo constante. Los músculos se tensaron y después se relajaron.

Todo se desvaneció. Solo quedaba yo, las naves enemigas y el espacio que debía atravesar antes de que sus sensores me detectaran.

Salté.

¡Al campo de batalla! ¡A las líneas del frente! ¡Hacia el borde de la muerte!